

Dvar Torá para Parshat Lej Lejá

Autor:: breslov.org
octubre 30, 2022



“Abraham era uno” (Ezequiel 33:24). Abraham adoraba a Dios sólo porque él [Abraham] era uno, porque se consideraba solo en el mundo. No prestaba atención alguna a las personas que lo alejaban de Dios y le obstaculizaban el camino, ni a su padre ni a otros que se entrometían. Más bien, era como si fuera el único en el mundo. Este es el significado de “Abraham era uno”.

Es lo mismo para cualquiera que quiera entrar al servicio de Dios. La única manera de que entre es pensando que, aparte de él mismo, no hay absolutamente nadie más en el mundo. Debe ignorar a todos los que le obstaculicen el camino, como su padre y su madre, o su suegro y su mujer e hijos, o similares; o a los obstáculos presentados por otras personas que

ridiculizan, objetan u obstruyen su servicio a Dios. Debe dejar de prestarles atención. En cambio, debe adoptar una actitud de "Abraham era uno", como si fuera la única persona en el mundo, como en el caso anterior.

¿Qué es lo que le da a la persona la fuerza para enfrentarse al mundo entero, para pensar de forma diferente, con una perspectiva y actitudes diferentes ante la vida, y para comportarse de forma diferente? Nuestro primer patriarca, Abraham Avinu, es llamado HaIvri (Génesis 14:13) no sólo porque era de *eiver*, la otra orilla del río Jordán, sino porque estaba en el lado opuesto de la opinión mayoritaria del mundo en cuestiones importantes. ¿De dónde viene esa fuerza?

Muchos de nosotros somos esquizofrénicos. No, Dios no lo quiera, psicológica o teológicamente, sino en algún nivel profundo de nuestra alma. Hasta cierto punto, no hay duda en nuestra mente -o en nuestro corazón- de que nuestra judeidad no sólo nos define, sino que ella literalmente es lo que somos. Hasta ese punto, tampoco nos preocupan las objeciones de los demás y podemos superar los obstáculos. Hasta ese punto, somos uno. Más allá, somos dos (o más). Nosotros mismos no estamos convencidos. Deseamos mucho vivir una vida de fe; pero eso es sólo una parte de nosotros. Otras partes están de acuerdo con el *zeitgeist*, con el hombre de la calle. Así que la interferencia con la que luchamos se debe a la profundidad relativamente superficial de nuestra unidad. No somos uno hasta el final.

¿Cómo podemos profundizar en nuestra unidad, conectar con nuestra alma? Rabi Najman ofrece un consejo que ayuda en varios niveles (ver Likutey Moharan I, Lección 22:6-8). Uno de ellos es suspirar: "Desde el sonido de mis suspiros, mi *etzem* (hueso, esencia) se ha pegado a mi carne" (Salmos 102:6). Atreverse a expresar la consternación por el excesivo disfrute del cuerpo libera un espacio interior; el alma se traslada a él. El tzadik es el alma del pueblo judío. Cuando uno se adhiere al tzadik, puede escuchar el "suspiro" del tzadik, sus

enseñanzas que nos instan a seguir la llamada del alma. Eso también crea un espacio interior para el alma.

A medida que el alma asume una mayor influencia al penetrar y acercarse al cuerpo, tenemos la oportunidad de cerrar aún más la brecha entre “los dos” para convertirnos en uno. ¿La oportunidad? Utilizar el cuerpo para hacer mitzvot y practicar los consejos del tzadik (por ejemplo, hitbodedut; ver aquí y aquí).

Basado en Likutey Moharan Tinyana, Prólogo